



## Kurt Eisner, Gustav Landauer y Adolf Hitler

por **Michael Brenner**

Antes de que Múnich se convirtiera en la capital del movimiento nacionalsocialista, ya se había convertido en la capital del antisemitismo en Alemania. ¿Cuál fue el motivo para que la ciudad que había tenido el primer jefe de Estado judío de la historia alemana acabara incubando una ideología genocida?

**E**l 26 de febrero de 1919 marcó un momento único en la historia de Alemania y sus judíos. En este frío día de invierno, una multitud de cien mil personas se reunió en el cementerio de Ostfriedhof de Múnich para despedirse del primer ministro bávaro Kurt Eisner, el primer jefe de Estado judío de la historia alemana. Eisner había derrocado a la dinastía Wittelsbach, que había reinado en Baviera durante siete siglos. Él y su gobierno socialista gobernaron Baviera durante tres meses hasta que fue asesinado por un extremista de derechas. Otro judío alemán, Gustav Landauer, que ocuparía un puesto de poder en una de las dos efímeras repúblicas establecidas en Múnich en abril de 1919, hizo el panegírico de su amigo Eisner. Ambos habían roto hacia tiempo con la religión judía de sus antepasados y, sin embargo, se identificaban con los valores de

la tradición judía tal y como ellos la definían. De pie ante el féretro de su amigo asesinado, Landauer dijo a la multitud: “Kurt Eisner, el judío, fue un profeta porque simpatizaba con los pobres y los oprimidos y vio la oportunidad, y la necesidad, de acabar con la pobreza y la subyugación.”

Kurt Eisner, el judío. Normalmente, solo sus enemigos le restregaban su origen judío. Entre los papeles de su legado hay un enorme archivo de cartas con crudos insultos antisemitas. Landauer, al igual que otros revolucionarios, también se convirtió en blanco de ataques antisemitas, y fue horriblemente asesinado cuando las fuerzas paramilitares pusieron fin al experimento socialista en los primeros días de mayo de 1919.

El primer político judío a la cabeza de un Estado alemán se convirtió en blanco de todo tipo de prejuicios antisemitas: para muchos forasteros, este socialdemócrata residente

en Großhadern, un suburbio pequeñoburgués de Múnich, era considerado al mismo tiempo un Rothschild prusiano y un Trotski bávaro. Era un ciudadano bávaro que creció en Berlín, pero sus adversarios lo tachaban de ser de Galitzia o, por si fuera poco, de ser de Galitzia Oriental. Era un periodista establecido, pero era caracterizado como un bohemio indigente. A esta mezcla se le añadía cualquier rumor que se quisiera difundir, y esto no solo contra Eisner, sino contra los judíos en general. En esta línea, el profesor de secundaria Josef Hofmiller anotó en su diario que Eisner tenía “un rasgo propio de su raza, la capacidad de no sentirse ofendido por ningún tipo de rechazo, sino más bien, si ha sido escoldado fuera por la puerta principal, de volver a meter la cabeza por la puerta de atrás”.

Uno de los hallazgos archivísticos más deprimentes en relación con la revolución de Múnich es un legajo de dos gruesas carpetas con cientos de cartas de odio antisemita contra Eisner, que contienen frecuentes incitaciones a la violencia. Incluyen una postal dirigida a la “Residencia Hebrea” y una carta al “Rey de los Judíos” en la que se dice: “¡Contrólate o esfúmate y vete al país al que perteneces, a Palestina! Las amplias masas del pueblo alemán te erradicarán, ¡es algo que puede lograr una sola persona!” Un miembro de la “Asociación para la Autoayuda” escribe: “Usted no es alemán, sino un extranjero tolerado.” Y un escritor que se autodenomina socialdemócrata despotrica: “... exigimos una Asamblea Nacional y no una vulgar dictadura de la banda judía... La banda judía ya se ha llevado una gran parte del dinero robado al extranjero, y las familias viven esplendorosa y alegremente en Suiza...”. Las cartas están repletas de expresiones como “cerdo judío”, “sucio judío” y “judío escoria incircuncisa”. A Eisner le llaman “sucio judío polaco *schnorrer* [mendigo en *yiddish*]” y “judío ruso embaucador”. El sentido de las cartas es que Eisner es, “después de todo, un judío, no un alemán”. O como lo formula otro escritor de cartas: “Tu patria no es nuestro Reich alemán; más bien está en Polonia, Galitzia o Palestina, de donde proceden y adonde también pertenecen los sucios judíos.” Unas veces se le llama Koschinsky, otras Kosmanowski y otras “Salomon Kruschnovsky, judío de Galitzia”. Una postal contiene una foto de Eisner con los ojos perforados.

Durante los aproximadamente tres meses que Eisner estuvo en el cargo, el tono de estas cartas se hizo cada vez más incendiario, y las amenazas que contenían se dirigían cada vez más no solo a Eisner sino a los “compañeros de su raza”. Los judíos no eran apropiados como jefes de Estado, decían las cartas, eran simplemente extranjeros tolerados y debían ser enviados a Palestina, o simplemente decían que “un judío de Galitzia no debe gobernar sobre los alemanes”. El autor de la carta hizo saber a Eisner que sería “fusilado a la primera oportunidad” si no renunciaba a su cargo en el plazo de cuatro días. Ni siquiera consideró necesario enviar su carta de forma anónima.

Después del asesinato de Eisner, las diatribas de odio no disminuyeron. Al otro día del crimen, Josef Hofmiller anotó en su diario: “El propio comportamiento de Eisner provocó su violenta eliminación.” Sus alumnos reaccionaron a la muerte de Eisner con vítores. Y en su obituario, el periódico *Kreuzzeitung* caracterizó al primer ministro bávaro como “uno de los representantes más desagradables de la judería que han desempeñado un papel tan característico en la historia de los últimos meses”.

Incluso entre los propios judíos alemanes, el origen judío de muchos revolucionarios era un tema muy debatido. La mayoría de los judíos de Baviera se oponía abiertamente a la revolución o intuían que, al final, serían ellos quienes pagarían el precio de los actos de Eisner, Landauer y demás. Aunque la relación entre los judíos y la revolución bávara ha sido abordada una y otra vez, al final siempre queda relegada y convertida en una nota a pie de página de la historia. Incluso en la avalancha de nuevas publicaciones ocasionada por el centenario de la revolución, los historiadores y periodistas se muestran reticentes a señalar que los actores más destacados de la revolución y de las dos repúblicas de Consejos eran de ascendencia judía. Las biografías de los principales actores hacen hincapié en que sus súbditos dejaron de considerarse judíos.

La razón de esta reticencia es obvia. Por regla general, uno patina sobre hielo resbaladizo cuando investiga sobre los judíos y su participación en el socialismo, el comunismo y los movimientos revolucionarios. El hielo se vuelve muy resbaladizo cuando se trata de un asunto que, tan pronto después de los acontecimientos de la revolución, se convirtió en el laboratorio de Adolf Hitler y su movimiento nacionalsocialista. Al fin y al cabo, fueron principalmente los antisemitas quienes destacaron el protagonismo de los judíos en esta revolución para justificar su comportamiento antijudío. En *Mein kampf*, el propio Hitler titula el capítulo sobre el periodo en el que estuvo activo en Múnich después de noviembre de 1918 “Comienzo de mi actividad política”. En él traza una línea directa entre lo que llama “el dominio de los judíos” y su despertar político. En los círculos conservadores, el vínculo entre judíos e izquierdistas sirvió, si no como justificación, sí en muchos casos como marco explicativo del antisemitismo. Así, Golo Mann, hijo del escritor Thomas Mann y testigo de los acontecimientos revolucionarios de la ciudad cuando era estudiante de secundaria, se refirió explícitamente al episodio de Múnich:

No fue la judería, que no existe, sino personas concretas de origen judío quienes, con sus experimentos revolucionarios en la política centroeuropea, han cargado con graves culpas. Por ejemplo, en la primavera de 1919, en Múnich, hubo un intento incuestionable de crear un régimen de consejos por parte de los judíos, y eso fue, en

efecto, una travesura criminal y horrible que no podía acabar bien ni acabó bien.

Entre los revolucionarios había ciertamente “seres humanos nobles” como Gustav Landauer, concluyó Golo Mann. “Sin embargo, como historiadores no podemos ignorar el impacto radical-revolucionario de la judería con un gesto de repudio. Tuvo graves consecuencias, alimentó la visión según la cual la judería era revolucionaria, insurreccional y subversiva en su totalidad o de forma abrumadora.”

Para muchos testigos contemporáneos, así como para posteriores intérpretes de estos acontecimientos, existía una clara causalidad: la conspicua prominencia de los revolucionarios judíos (la mayoría de los cuales, además, no eran de Baviera) provocó una reacción que creó un espacio para la agitación antisemita a un nivel sin precedentes. Es un vínculo que también encontraron los contemporáneos judíos, al igual que los antisemitas.

Los historiadores coinciden en que no tenemos constancia de opiniones antisemitas o anticomunistas de Hitler antes de 1919. Pero las opiniones divergen sobre si pasó por una fase inicialmente socialista en la primera mitad de 1919 o si fue rechazado por otro partido, si ya estaba interesado en la política o si seguía siendo apolítico. Anton Joachimsthaler fue uno de los primeros historiadores en llamar la atención sobre la importancia de esta fase para la formación de la visión del mundo de Hitler. Afirmó categóricamente: “¡La clave de la entrada de Hitler en la política se encuentra en este periodo de tiempo en Múnich, no en Viena! La revolución y el reinado de los consejos que la siguieron, acontecimientos que conmocionaron profundamente a la ciudad de Múnich y a sus habitantes, desencadenaron el odio de Hitler hacia todo lo extranjero e internacional, así como hacia el bolchevismo.” Según la opinión del historiador Andreas Wirsching, el clima especial de Baviera en el verano de 1919 proporcionó a Hitler un escenario para ensayar un nuevo papel en su búsqueda de la autenticidad:

Lo que aprendió de memoria, amplificó e intensificó demagógicamente, y lo que también acabó creyendo, no era inicialmente más que el tipo de propaganda *völkisch*-nacionalista, antibolchevique y antisemita que era omnipresente en Baviera y su ejército... Lo que convirtió a Hitler primero en el tamborilero y luego en el “Führer” en que se convirtió, no fue en absoluto una idea, una visión del mundo granítica y firmemente establecida. Más bien, encontró su escenario y el papel que encajaba con ese escenario por accidente.

Debemos tener en cuenta que solo el conocimiento de los sucesos posteriores nos permite considerar Múnich como escenario para Hitler y laboratorio ideal para su creciente movimiento nacionalsocialista. Si se sugiere que Hitler y otros antisemitas necesitaban realmente a los

revolucionarios judíos para difundir su ideología, entonces se fomenta el argumento de que, al final, los propios judíos fueron los culpables de su desgracia. Sin embargo, los historiadores no pueden actuar como si los revolucionarios, socialistas y anarquistas judíos nunca hubieran existido —como si su prominencia durante este breve momento de la historia alemana no hubiera estado a la vista de todos, y como si hubieran negado su judaísmo— solo porque estos argumentos se hayan utilizado en el pasado y se revivan en la propaganda antisemita actual. Intentemos por un momento pensar de qué manera podemos sacarle provecho: si la historia posterior se hubiera desarrollado de otra forma, uno habría podido considerar este capítulo como una historia de éxito para los judíos alemanes, como un episodio de orgullo y no de vergüenza. Imaginemos que la revolución de Kurt Eisner hubiera arraigado en Baviera, que la República de Weimar hubiera sobrevivido y que Walther Rathenau hubiera seguido siendo ministro de Asuntos Exteriores en lugar de haber sido asesinado. Entonces habríamos escrito una historia del éxito de la emancipación judeoalemana en la que la religión y los orígenes de los principales políticos alemanes no fueron un obstáculo para su avance político, una historia como la de Italia y Francia.

Esta fue precisamente la esperanza expresada por algunos contemporáneos judíos durante un breve momento en noviembre de 1918. En sus mentes, el hecho de que Kurt Eisner se convirtiera en el primer judío que fungió como primer ministro de un Estado alemán constituía una prueba del éxito de la integración. Sin embargo, esta percepción se desvaneció rápidamente y, cuando Martin Buber habló de una tragedia judía en febrero de 1919, se hizo eco de una opinión ya compartida por el público.

Los historiadores han especulado acerca de por qué un número relativamente grande de judíos —León Trotski, Lev Kámenev y Grigori Zinóviev en San Petersburgo, Béla Kun en Budapest y Rosa Luxemburgo en Berlín— ocuparon papeles destacados en los acontecimientos revolucionarios de Europa durante el periodo de agitación entre 1917 y 1920. Algunos estudiosos recurren a las condiciones de la vida judía anterior para explicar el alto nivel de su participación en estos movimientos revolucionarios. En el imperio zarista, donde vivía la mayoría, estaban sistemáticamente oprimidos y no podían participar activamente en la política. Muchos descubrieron en el socialismo una oportunidad para escapar de su desesperada situación. En Alemania, en teoría, los judíos podían participar en política desde el establecimiento de la igualdad jurídica en 1871, y estaban representados en los órganos legislativos. Sin embargo, solo en los campos liberal e izquierdista encontraron lo que parecía ser una aceptación plena. Por esta razón, la mayoría de los diputados judíos del Reichstag antes de la Primera Guerra Mundial eran

socialdemócratas, a pesar de que la gran mayoría de los votantes judíos votaban por partidos burgueses centristas.

Cualesquiera que fuesen las razones que impulsaron a los individuos a la acción, es indiscutible que ni antes ni después en Alemania habían aparecido tantos políticos judíos en el candelero público como durante el medio año transcurrido entre noviembre de 1918 y mayo de 1919. En Alemania, la aparición de un primer ministro judío y de ministros de gabinete y comisarios del pueblo judíos fue especialmente llamativa porque, a diferencia de otros países europeos como Italia y Francia, no se les había confiado ninguna responsabilidad gubernamental en el periodo anterior a la Primera Guerra Mundial.

El 7 de abril, tras vacilar durante mucho tiempo y contra la resistencia de los comunistas, varios escritores con inclinaciones anarquistas –con Ernst Toller, Erich Mühsam y Gustav Landauer a la cabeza– proclamaron la “República del Consejo de Baviera” (*Räterepublik Baiern*). Landauer cumplía cuarenta y nueve años y estaba en la cima de su carrera política. En la República del Consejo se había convertido en comisario del Pueblo para la Educación Pública, la Instrucción, la Ciencia y las Artes. El día en que se fundó la República del Consejo –también el cumpleaños de Gustav Landauer– fue declarado espontáneamente fiesta nacional.

Apenas una semana después, la primera República del Consejo se derrumbó. Los comunistas, que solo una semana antes habían despreciado y ridiculizado el régimen de Landauer-Toller-Mühsam, se hicieron con el poder. Bajo el liderazgo del periodista judío-ruso Eugen Leviné, el alemán étnico de origen ruso Max Levien (a menudo tachado falsamente de judío por su nombre) y el comandante de la ciudad y líder del Ejército Rojo Rudolf Egelhofer, nacido en Múnich, surgió el 13 de abril una segunda República del Consejo mucho más radical. Gustav Landauer ya no podía identificarse con su política y presentó su dimisión de todos sus cargos políticos.

Cuando las tropas “blancas”, compuestas por miembros de los Freikorps y soldados del Reichswehr, aplastaron esta segunda República del Consejo de Múnich los días 1 y 2 de mayo, el destino de Landauer fue inicialmente incierto. Preocupados porque se convirtiera en objetivo de las tropas derechistas a pesar de su desvinculación del régimen comunista radical, sus amigos se apresuraron a salvarle la vida. Martin Buber pidió la creación de un comité que abogara públicamente por Landauer.

La ayuda llegó demasiado tarde. El 1 de mayo, sentado en la mesa de Kurt Eisner, Gustav Landauer fue detenido por miembros derechistas de los Freikorps y brutalmente asesinado al día siguiente en la prisión de Stadelheim, en Múnich. En su última carta a Fritz Mauthner, el 7 de abril de 1919, menos de un mes antes de su asesinato, escribió: “Si me conceden unas semanas de tiempo, espero lograr algo;

pero es fácilmente posible que solo sean unos días, y entonces todo haya sido un sueño.”

El escritor y posteriormente Premio Nobel Thomas Mann fue quizás el observador más destacado de las transformaciones que se produjeron en su ciudad de adopción tras las fallidas revoluciones de 1919. En pocos años, Múnich había pasado de ser un centro de “alegre sensualidad”, “arte” y “alegría de vivir” a una ciudad tachada de “hervidero de reacción, sede de toda terquedad y de la obstinada negativa a aceptar la voluntad de la época” que solo podía “describirse como una ciudad estúpida y, de hecho, como la ciudad más estúpida de todas”.

Los excesos antisemitas del periodo posterior a la guerra habrían sido impensables si no se hubieran plantado en un terreno fértil. Los resentimientos antijudíos habían echado raíces profundas que se remontaban a principios de la era moderna. Salieron repetidamente a la superficie, especialmente durante los disturbios políticos. Eisner y sus camaradas no provocaron antisemitismo; los acontecimientos asociados con ellos simplemente lo reactivaron.

Antes de que Múnich se convirtiera en la capital del movimiento nacionalsocialista, ya se había convertido en la capital del antisemitismo en Alemania. Reclamó este título en la inmediata posguerra gracias a muchos factores: a la alta concentración de grupos antisemitas, desde la Sociedad Thule hasta el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, pasando por los Freikorps; a la red antisemita radical de emigrantes étnicamente alemanes de los países bálticos que rodearon al posterior ideólogo nazi Alfred Rosenberg y su difusión de brebajes antisemitas del Imperio zarista; a la editorial antisemita de Julius Lehmann y a periódicos como el *Völkischer Beobachter*; y (finalmente) a los grafitis en las sinagogas, las profanaciones de cementerios y los brutales ataques a ciudadanos judíos. El antisemitismo había penetrado en el centro de la política bávara, en sus fuerzas policiales, su sistema legal y sus principales medios de comunicación.

Por tanto, no había ninguna autoridad capaz de desactivar la mezcla explosiva preparada en Múnich después de la Primera Guerra Mundial. Por el contrario, en la “Ordnungszelle” (“célula del orden”) que creó, el primer ministro bávaro y más tarde comisario general del Estado, Gustav von Kahr, se encargó de que esta mezcla también detonara. ~

*Traducción del inglés de Ricardo Dudda.*

*Este artículo originalmente apareció en la revista Tablet en [tabletmag.com](http://tabletmag.com) y ha sido reproducido con el permiso de dicha publicación.*

**MICHAEL BRENNER** es un historiador judío alemán. Su libro más reciente es *In Hitler's Munich. Jews, the Revolution, and the rise of nazism* (Princeton University Press, 2022).